



Mateo y el valor del respeto en clase

Francisca Maldonado





Mateo era un niño alegre y curioso que disfrutaba mucho ir a la escuela. En su salón de clases siempre tenía muchas ganas de participar, pero a veces le costaba trabajo esperar su turno y escuchar a los demás.



Durante el tiempo de compartir, su compañera Sofía explicaba con ilusión cómo había elaborado una delicada flor de papel. Lleno de entusiasmo, Mateo la interrumpió hablando en voz alta sobre su propio juguete, haciendo que Sofía se sintiera triste y guardara su trabajo.



Más tarde, en la hora de dibujo, Mateo tomó los marcadores brillantes de la mesa de Leo sin pedírselos prestados. Leo se quedó sorprendido y desanimado, pues estaba a punto de usarlos para pintar el cielo de su paisaje.



Durante el momento de lectura tranquila, Mateo comenzó a hablar en voz alta y a moverse inquieto en su silla. Sus compañeros intentaban concentrarse en sus libros, pero el ruido no les permitía disfrutar del momento.



Al notar lo que sucedía, el maestro Andrés invitó a Mateo a un rincón del salón y le prestó unos lentes mágicos de cartón. Le explicó con amabilidad que esos lentes le ayudarían a ver el mundo a través de los ojos de sus amigos.



Al ponerse los lentes mágicos, Mateo vio una imagen reveladora. Notó cómo la flor de papel de Sofía perdía su brillo cuando no la escuchaban y cómo el dibujo de Leo se quedaba sin colores cuando le quitaban sus materiales.



Mateo comprendió en ese instante que el respeto significa valorar el tiempo, las cosas y los sentimientos de sus compañeros. Con el corazón lleno de empatía, decidió cambiar su actitud para que todos se sintieran felices.



Al día siguiente, cuando Sofía volvió a hablar frente al grupo, Mateo escuchó en silencio con atención sincera. Al terminar, la aplaudió con entusiasmo y Sofía le regaló una gran sonrisa de gratitud.



En la clase de arte, Mateo esperó pacientemente a que Leo terminara de usar los marcadores y le pidió permiso con amabilidad para utilizarlos. Leo, muy contento por su cortesía, los compartió de inmediato.



Gracias a los pequeños gestos de consideración de Mateo, el salón de clases se convirtió en un espacio cálido y armonioso. Mateo descubrió que cuando todos se respetan y se apoyan, aprender juntos es la aventura más divertida.